

ME GUSTAN LOS ESTUDIANTES

Alfonso Gumucio Dagon

Los ecos de la canción de Violeta Parra se han quedado con uno a pesar de los años. La memoria funciona, como siempre, afectivamente. La emoción, la “alegría estética” que decía Sartre, graban los hechos importantes en la vida de cada quien. Es “la educación por el arte”, como propone mi amigo Liber Forti, libertario, hombre de teatro y mucho más. La memoria está vinculada al interés, a la curiosidad, a las relaciones humanas. Nadie recuerda todo, la memoria es siempre selectiva, y algunos tenemos peor memoria que otros, pero retenemos aquello que es fundamental para nuestra formación ideológica y para la construcción de nuestro conocimiento.

La canción citada y la digresión del párrafo anterior vienen a cuento para hablar de los estudiantes a los que me toca dirigirme cuando alguna universidad me invita a dar una conferencia. Sucedió, por ejemplo, a fines de febrero, cuando una universidad de La Paz me pidió presentar algunas ideas sobre comunicación y desarrollo frente a estudiantes de primer año de la carrera de “comunicación social”, como se ha dado en llamar –sin lógica alguna– a los estudios de periodismo orientados, como siempre, hacia los medios masivos y no a los procesos de comunicación.

Como en ocasiones anteriores, empecé mi charla con entusiasmo y terminé un tanto deprimido. Primero mostré una cita de Kafka, que me gusta sobre todo por venir de quien viene: “Es fácil escribir recetas, lo difícil es comunicarse con la gente”. Luego hice un análisis histórico y comparativo de los enfoques de comunicación jerárquica y participativa, mencioné el informe MacBride, el trabajo de la Unesco, los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), y alguna otra referencia esencial; pero nadie había leído ni conocía siquiera por referencias el informe de la Unesco sobre información y comunicación, y apenas dos o tres en el salón estaban al tanto de los ODM de Naciones Unidas.

Aunque siempre trato de hablar en lenguaje claro y sencillo, suelo tropezar con un problema que parece generalizado en las universidades (no solamente bolivianas): los estudiantes no leen. Su universo de información es muy reducido a pesar de las nuevas tecnologías, o quizás precisamente debido a las nuevas tecnologías. No conocen la historia reciente, no están al tanto de la información internacional actual, y no demuestran ninguna curiosidad más allá de un rango limitado de intereses. Pocos minutos después de comenzar estas conferencias, me invade cada vez la sensación de que hablo un idioma codificado, ya que muy

*Me gustan los estudiantes / porque son la
levadura / del pan que saldrá del horno / con
toda su sabrosa, / para la boca del pobre
que come con amargura. / Caramba y zamba
la cosa / ¡viva la literatura!*

Violeta Parra

pocos en la audiencia parecen entender lo que digo (y ojo, que no soy de los que habla o escribe “en difícil”).

Unas semanas después de la conferencia mencionada anteriormente, el profesor que me había invitado a disertar frente a sus alumnos, me comentó que en los resúmenes sobre mi charla Kafka resultaba siendo un líder de los movimientos de liberación en África, según uno de los estudiantes, y según otro, un personaje de la Segunda Guerra Mundial.

El hecho de que se tratara de alumnos recién ingresados a la universidad, no sirve como excusa, pues se supone que antes ya habían cursado la secundaria, la mayoría de ellos en colegios privados, supuestamente mejores en la calidad de enseñanza que los colegios públicos. Estos estudiantes de familias con recursos, no deberían ser vírgenes de conocimientos. Por muy novatos que fueran, si su objetivo profesional en la vida es ser comunicadores o periodistas, lo menos que se puede esperar de ellos es que lean y se mantengan informados por iniciativa propia.

Me viene a la memoria otra vivencia similar que tuve en Sucre con estudiantes de la carrera de periodismo de la docta Universidad Mayor de San Francisco Xavier, la tercera más antigua de Latinoamérica, fundada en 1624. Como mi charla era sobre cine boliviano, empecé por lo más obvio, refiriéndome a Jorge Sanjinés, uno de los principales cineastas de Bolivia y del llamado “nuevo cine latinoamericano” que surgió en la década del 60, autor de películas tan emblemáticas como *Yawar Mallku* y *El coraje del pueblo*. Las caras de desconcierto me obligaron a hacer una pausa y preguntar: “Levanten la mano los que han visto alguna película de Jorge Sanjinés”. Dos brazos se alzaron entre más de 200 personas en la sala. Mencioné luego a Marcelo Quiroga Santa Cruz y a Luis Espinal, dos mártires de la democracia que tuvieron una trayectoria en el cine boliviano. El nombre de Marcelo, principal dirigente del Partido Socialista y referencia fundamental en la política boliviana contemporánea, figura en mi historia del cine boliviano por su película *El combate*, una parábola del bien contra el mal, representada a través de una pelea de gallos. En cuanto a Luis Espinal, uno de los pioneros de la crítica cinematográfica en Bolivia, fue una de las personalidades más conocidas por su periodismo combativo en el semanario *Aquí*, y por su trágica muerte, torturado y asesinado en 1980, meses antes del golpe militar de García Meza. No falta en ninguna ciudad del país una plaza, una calle o una escuela

que lleve el nombre de Luis Espinal o de Marcelo Quiroga Santa Cruz, pero mientras yo hablaba de ellos veía, otra vez, las caras de perplejidad de los estudiantes, que no conocían ni de oídas a estos personajes de la historia reciente de Bolivia. Tiemblo al pensar en los ciudadanos que estarán a merced de lo que difundan en los medios de información estos nuevos profesionales del periodismo.

Cuando el silencio y la apatía de los estudiantes de periodismo son dominantes, suelo terminar mi charla con un exhorto que quizás no guste a las autoridades universitarias que me invitan. Menciono que en Bolivia hay alrededor de 60 carreras de comunicación social, que cada año se gradúan centenares de periodistas, publicistas y relacionadores públicos, y que el mercado de los medios de información está saturado. Les digo a los estudiantes que no basta obtener un título en una carrera fácil de estudiar, y que si no tienen el firme propósito de trabajar con ahínco para ser los mejores, más les vale que no lo intenten siquiera.

Los estudios universitarios eran antes rigurosos. Los estudiantes estábamos en la obligación de leer un promedio de 50 a 70 páginas diarias, y la bibliografía era siempre frondosa. Pasábamos largas horas en bibliotecas, tomando notas pues entonces no había aún fotocopiadoras. Escribíamos los trabajos para la universidad en máquina de escribir, y si había muchas erratas o si nos veíamos en la necesidad de incorporar un párrafo nuevo, había que volver a mecanografiar el texto. No existía esta maravillosa facilidad de la computadora, que permite corregir un texto en cualquier párrafo o frase, sin necesidad de escribirlo de nuevo. Y no teníamos internet, que hoy permite acceder a mucha información, aunque no todavía a ciertos libros que solamente se encuentran en bibliotecas.

Estas ventajas de la tecnología, de las que los jóvenes estudiantes apenas son conscientes porque ya nacieron con ellas, los llevan en muchos casos a transgredir los límites de la ética casi sin pensarlo, como si todo estuviera permitido. El “copy & paste” (copiar y pegar un texto) se ha convertido en una práctica tan usual y difícil de controlar, que cada vez más universidades instalan en sus sistemas de computación programas especializados que automáticamente identifican los plagios que a diario cometen los estudiantes en sus trabajos de tesis. El acto de seleccionar, copiar y pegar un texto que ha sido escrito por otra persona no solamente constituye una falta ética grave, sino que además revela una actitud de desidia y una negación de la capacidad de reflexionar. El estudiante que llena unas páginas con textos copiados, muestra una enorme pereza, falta de interés y de curiosidad.

La curiosidad debería ser un atributo básico y esencial en cualquier estudiante (en cualquier joven) y sobre todo en

Un problema que parece generalizado en las universidades (no solamente bolivianas) es que los estudiantes no leen

aquellos que pretenden convertirse en periodistas. Curiosidad que cuando teníamos esa misma edad nos llevaba a devorar libros, revistas, periódicos, y a estar informados sobre lo que pasaba en el mundo o en el barrio, aunque no teníamos ni computadora ni internet.

Los nuevos talismanes tecnológicos –iPhones, iPads, iPods– y todas las demás prótesis electrónicas que adornan como joyas de nuevo cuño a los jóvenes, así como la habilidad de éstos en el uso de los recursos digitales, parece que de poco les sirven a la hora de conocer siquiera superficialmente lo que pasa en el mundo, y lo que ha pasado diez o veinte años antes. Un peligroso autismo colectivo los lleva a portar los *gadgets* como anteojeras, sin una perspectiva panorámica. El uso que hacen de esos instrumentos maravillosos que la tecnología ha puesto a su alcance, es precario y limitado a la comunicación inmediata y restringida, lo cual me hace recordar que cuando éramos niños uníamos con un alambre dos latas de conserva vacías, para que funcionaran como una línea telefónica. Hoy, pareciera que toda la tecnología sirve para producir en masa autistas sociales. ¿Será, como señalaba en *La Vanguardia* Llàtzer Moix, que “a más información menos memoria” y que hoy los jóvenes no tienen tiempo de digerir y jerarquizar tantos estímulos de información?

Hay que estudiar mucho para ser un buen periodista y más aún para convertirse en un especialista de la comunicación. Pero esto no significa que quienes no tienen certificados de grado y maestrías no puedan ejercer libremente su derecho a comunicar. La propia capacidad de quienes ejercen el oficio debería ser un parámetro suficiente para que en un proceso de selección natural, avancen los mejores. Si yo fuera director de un medio de información, preferiría a un periodista comprometido y creativo sin título, que a uno flojo y mediocre con título.

La canción de Violeta Parra parece hoy de un optimismo recalcitrante, pero claro, ella la escribió para otros estudiantes, aquellos que tenían conciencia de lucha, los comprometidos, los deseosos de aprender. Siento que en las últimas décadas hemos perdido mucho en el camino, incluyendo la esperanza. ☒

Alfonso Gumucio Dagron. Boliviano, escritor, periodista, cineasta, fotógrafo y especialista en comunicación para el desarrollo. Tiene veinte libros publicados (poesía, cuento, testimonio, y ensayo) y ha dirigido una docena de películas documentales. Su trabajo en comunicación lo ha llevado por América Latina y el Caribe, África, Asia y el Pacífico Sur.